

Las series de televisión y la escala de los placeres

La ficción nos seduce y nos provoca placer. Joan Ferrés explica de manera espléndida la gamma de placeres que se nos ofrecen ante una obra audiovisual: el placer provocado por la gratificación de las formas sonoras y visuales, el atractivo de los personajes o de los espacios; el placer derivado de la implicación emocional con los personajes y los sentimientos que nos provocan; el placer derivado de la fabulación, de la activación de la imaginación y la fantasía; el placer derivado de la interpretación estereotipada de la realidad (es el placer de controlar, de reconocer que nos movemos en la “normalidad” social); el placer de tomar conciencia de los mecanismos que la obra audiovisual despliega para gustarnos, y, finalmente, el placer derivado de la reflexión crítica al relacionar la obra de ficción con la realidad y encontrar otros muchos significados más allá del narrativo.

Según este autor, madurar es ascender en la escala de placeres. Y, en este sentido y como educadores, nos seduce y nos interesa la televisión.

No creo que sea osado asegurar que gran parte del éxito de una serie estriba en las emociones que transmite, en unos personajes que interesan, que no nos dejan indiferentes, que nos mueven. Y la televisión ha sido en este aspecto muy lista porque ha recogido la herencia religiosa, mítica y artística para cubrir las necesidades emocionales de las personas. Por el contrario, la racionalidad de la ciencia, o de la escuela también, han vuelto la espalda al mundo emocional, instalando un divorcio que no hace sino aumentar. Por un lado, el de la televisión, convirtiéndose en una pasarela de intimidades, en un museo de la privacidad expuesto al mundo entero. Por el otro, el de la escuela, dando la espalda a un instrumento de socialización de primer orden como es la televisión, y perpetuando el analfabetismo audio-visual de los jóvenes.

Desde la perspectiva de la socialización, que ha dejado de estar en manos solamente de la familia o del grupo de iguales, abandonar esta fuente de educación afectivo-sexual sería desaprovechar un recurso fundamental para la escuela. Y si añadimos el hecho de tratarse de una instancia controlada básicamente por intereses económicos y políticos, obviar la televisión desde el ámbito académico se convierte en una irresponsabilidad que deja el camino libre a la televisión para desarrollar todas sus estrategias de persuasión sin ninguna mediación crítica.

Nuestro trabajo con las series de moda entre los adolescentes, a menudo con las relaciones afectivas como hilo conductor, quiere servir para analizar, criticar y cuestionar los estereotipos de género y para aprovechar los nuevos modelos de convivencia que, aunque tímidamente, asoman por la pantalla.

Obviamente, las series de moda presentan diferencias que conviene destacar. Si tomamos por ejemplo *Los Serrano*, encontramos personajes variados pero muy estereotipados en su manera de vivir la sexualidad. Los problemas de la pareja de adolescentes África y Raúl nos devuelven a los

peligrosos tópicos sobre la falta de control de los varones en cuanto a la sexualidad. Ella quiere separarse del chico porque le es infiel y este aduce que el culpable es su “soldadito insumiso”. Y sus disculpas van acompañadas de “Si me dejas, me muero” o “Yo por ti cambio y soy fiel”. También aparecen en la serie varones adultos que ven cuestionada su virilidad porque la chica no se queda embarazada o las consabidas preocupaciones por el tamaño del pene y por su productividad.

¿Qué nos enseñan estos personajes? En primer lugar, en nuestra escalada de placeres, nos van seduciendo, nos identificamos con ellos, nos caen bien; a nuestro alrededor escuchamos frases que ellos pronuncian, nosotros mismos las pronunciamos, reconocemos el penecentrismo de las relaciones sexuales, nos identificamos con el pobre Raúl, que no puede hacerle el amor a África porque ha tomado unas pastillas para mantener a ralla a su soldadito, y nos olvidamos de que tiene manos, lengua y cuerpo para sentir y para dar placer.

¿Qué nos enseñan las series? Que si un producto resulta, mejor no cambiar y no arriesgarse. ¡Ellas no van a ir de abanderadas de la sociedad! ¡Ni quieren que su misión sea educar! Pero la nuestra sí lo es.

La tele se ha convertido en algo cercano e íntimo donde los héroes a la antigua ya no tienen cabida. El espacio de los salvadores del mundo es la gran pantalla. La pequeña es para nosotros, los mortalitos. Y en ella nos queremos ver los que no nos atrevemos a asistir a Gran Hermano, pues nos identificamos y nos reconocemos a través de los personajes de ficción.

Pero de vez en cuando no podemos evitar que se nos cuele un dios. Por ejemplo House. Este cincuentón malcarado y antipático no es un simple mortal. Y a los cinco minutos hasta lo encontramos atractivo. Cojera incluida. Pero analicemos primero por qué nos seduce. En primer lugar, la serie rompe la frontera entre los géneros y aborda los problemas médicos como si se tratara de crímenes a resolver. Cambiamos malos por enfermedades, que no por enfermos, como muy bien se encarga de aclarar el protagonista: “No trato pacientes, sino enfermedades”. En segundo lugar, está el personaje: el protagonista es un genio todopoderoso y multidisciplinar; envidiamos que siempre diga lo que piensa y su habilidad para desarmar al de enfrente, médico o paciente. Hasta aquí, lo “bueno”.

Lo malo, que nos cuesta un poco más descubrir, es que House es arrogante y grosero, que maltrata a sus subordinados y a los pacientes, que es engreído y no cumple con su mortal trabajo, pasar consulta, porque su genialidad está reservada a más altos objetivos. Bien mirado es un personaje insoportable que no desearíamos tener de compañero. De hecho, si lo pensamos bien, todos hemos conocido a algún House en nuestra vida. En educación, por ejemplo, los House son profesores que creen que sus conocimientos son demasiado elevados para los intereses de sus alumnos-pacientes. Los dioses no pasan consulta. Los dioses no necesitan motivar. Los alumnos-pacientes son estúpidos.

Pero, ¿qué tal si practicamos el placer de la fabulación y imaginamos que House es una mujer? ¿Sería posible que admiráramos a una mujer arrogante, engreída, sarcástica, además de solitaria y antisocial? ¿Nos la imaginamos haciendo comentarios obscenos sobre los genitales de sus colegas, o sobre su trasero, a la manera de su homónimo masculino?

El placer de los sentidos, de la emoción, de la fabulación, el placer de reconocernos como seres sociales “normales” está muy bien, pero sobre todo y por encima de todo, nuestra labor educativa y nuestro interés por la televisión están en despertar el placer de imaginar otros modos de ser hombre y mujer más allá de los estereotipos imperantes. Y el propio placer al recorrer, junto a los adolescentes, y aprendiendo con ellos, la pasarela de emociones en que se ha convertido la televisión, pero esta vez con nuestros propios diseños.

Rosa Sanchis